



ALBUM SALON

PRIMERA ILUSTRACION
ESPAÑOLA EN COLORES

CENTRO EDITORIAL
ARTISTICO

Miguel Seguí

RAMBLA DE CATALUÑA 125

PRECIO: 4 REALES

Album Salón

Revista quincenal Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

DIRECTOR-PROPIETARIO:

MIGUEL SEGUI

REDACTOR - JEFE:

SALVADOR CARRERA

CRONICA

HA muerto don Víctor Balaguer, el literato insigne, el político honrado, el hombre amante de su patria que ensalzó con sincera fe y noble ardimento, lo que para todo buen español debe ser amado y enaltecido.

ALBUM SALÓN le dedica un recuerdo en sus modestas páginas y se asocia al dolor que hoy sienten cuantos le admiraban y le querían.

Descanse en paz el hombre eminente y fiel amigo, seguro de que su recuerdo no se borrará jamás de la memoria de los españoles á quienes enalteció con sus talentos.

Barcelona ha tenido la satisfacción de albergar en estos últimos días á la Comisión Argentina venida á España para hacer entrega á la Reina Regente del jarrón artístico, ejecutado por Benlliure, que la Municipalidad de Buenos Aires acordó regalar á la Augusta Señora para demostrarla su gratitud por las deferencias con que el pueblo español distinguió á los marinos de aquella república que tripulaban la fragata «Presidente Sarmiento». Este viaje contribuirá indudablemente á estrechar los deseados lazos de unión entre ambas naciones.

En el número próximo, como puede verse en el sumario que insertamos en éste, dedicaremos especial atención á un suceso del cual se esperan tan lisonjeros resultados; limitándonos de momento á enviar un afectuoso saludo á los representantes de la floreciente ciudad, regada por el caudaloso Plata, y en donde ALBUM SALÓN cuenta con colaboradores valiosos y considerable número de suscripciones.

MICELÁNEA; por T. GASCÓN.



—Yo me como la perdiz; ahora tú elige.
—¿Y qué voy á elegir? ¿si solo dejas el gorrion?
—Mujer; puedes elegir entre comerlo ó dejarlo.

La muerte de la reina Victoria ha conmovido al mundo entero... y ha motivado algunas planchas soberanas (¡como que se trataba de una reina!) en la prensa.

Tan pronto estaba comiendo una sopa de arroz S. M. británica, como había cerrado los ojos para siempre.

Por fin, se ha muerto... del todo.

Ahora, preparémonos á sufrir el chaparrón de las informaciones.

Por lo pronto, ya nos hacen saber que todo Londres tomó por asalto los almacenes y las tiendas en busca de corbatas negras... para dar una prueba de sentimiento.

No dudamos de la veracidad de la noticia, no señor; pues la reina Victoria era amada de su



Las grandes poblaciones tienen la ventaja de que, llevando un trajecito decente, puede uno abordar á cualquier chica distinguida.

pueblo con verdadero delirio, que (bromas aparte) merecía como mujer y hasta como Reina.

Jamás me ha sido simpática la rubia Albión, como dicen hasta los que no saben qué es eso de Albión; en estas mismas crónicas, he soltado alguna que otra lindeza á esa raza egoísta y despótica, enemiga de España en todas ocasiones y muy recientemente; pero una cosa es el asador y otra los pedazos.

La reina Victoria, amaba á su patria, era una mujer de elevados sentimientos, y, si en el terreno oficial aparecía alguna vez como solidaria de actos poco nobles, el llevado á efecto en el Transvaal, por ejemplo, debíase á exigencias y razones de Estado, seguramente.

Además, su ancianidad la convertía más en



ANUNCIO DE 4.ª PLANA. — «Familia tranquila, desea un caballero estable, con ó sin...., arañazos.»

un ídolo representante del poder de la nación, que en un verdadero monarca.

Tal vez la misma guerra inicua y hasta vandálica que se lleva á cabo contra los hijos del Transvaal y las manifestaciones de simpatía de los pueblos más cultos hacia el Presidente Krüger hayan influido no poco, en esa muerte tan sensible para Inglaterra como para todos cuantos admiraban en aquella Reina una bondad y unos sentimientos, dignos de todo encomio.

Gran acto hubiera sido y tal vez mayor de lo que es el sentimiento de las naciones por su muerte, si en sus últimos momentos, por sí y ante así, hubiese decretado la pacificación inmediata, y el reconocimiento legítimo de los derechos de los boers.

¡Cuando yo decía...!

Allá van cosas que tomo de los periódicos que dan cuenta de la muerte de la Reina de Inglaterra.

Al ser proclamada Reina pagó 50,000 libras esterlinas de deudas de su padre; pero jamás quiso pagar las deudas de su hijo; no sabemos cuál, pues entre varones y hembras tuvo nueve.

Al subir al trono, tenía 160 millones de súbditos, y deja al morir 300... con ó sin corbata negra.

En sus últimas horas, apenas dirigió la palabra á su heredero, el príncipe de Gales; pero preguntó frecuentemente por su perro favorito.

De la infancia de S. M. británica, de sus amores con su primo Alberto de Sajonia, que fué su esposo, y de otras muchas cosas nos da infinidad de detalles la prensa de todas las naciones.

Pero nadie dice algo que yo tendría curiosidad de saber: cuál era la opinión de S. M. acerca de España.

¡Porque hay que leer las peregrinas tonterías que de nosotros dice la prensa inglesa, cuando lo tiene á bien!



Cuadro de J. M. TAMBURINI.

† VÍCTOR BALAGUER

No cabe, en el corto espacio de que dispongo, ni siquiera un ligero resumen de la vida, de los hechos y de las obras de Víctor Balaguer. Su personalidad, ofrece el aspecto de poeta, dramaturgo, escritor ameno, cultivador de dos literaturas, periodista, académico, fundador abnegado, hombre público ejemplar por sus virtudes, y compañero, maestro y amigo como pocos entienden en el mundo estos espirituales lazos.

Nació en Barcelona, el 11 de Diciembre de 1824; ha fallecido, el 14 de Enero de 1901. Los que de cerca le conocimos, podemos decir que su labor, sólo interrumpida por la muerte, alcanza más de sesenta años, pues ya en 1838 estrenó su primer drama, y, cinco años después, fué tal el éxito de una segunda producción, que ella le proporcionó el honor de ser coronado en escena.

Romántico, como el que más en aquellos tiempos, desahogó sus entusiasmos en rimas y artículos prodigados en la prensa barcelonesa; pero, buscando mejor ambiente y más anchos horizontes, contra la voluntad de su madre, proporcionándole un serio disgusto, hizo la calaverada de escaparse á Madrid, tan lleno de ilusiones como falto de dinero. Desconocido en la Corte, sin relaciones ni amigos, como Rousseau y como Dickens, comió panecillos por las calles y durmió al sereno sobre un banco de la Plaza de Oriente. De tales apuros le sacaron pronto su ingenio y su laboriosidad. Ofrecióse á Ayguals de Yzco, quien sólo á título de traductor de una novela francesa accedió á darle trabajo. Preguntado el joven Balaguer si poseía aquella lengua (desconocida para él) contestó afirmativamente; ajustaron trato con el editor, y recibió una onza de oro á cuenta de su sueldo anticipado. Que nunca había de conocer el valor del dinero, probólo enseguida, pues al salir á la calle «lo primero que se me ocurrió (me dijo un día) fué realizar una ilusión ardentísima, más poderosa que mis contrariedades de entonces: me compré una ampulosa bata roja con cuadros verdes, y un casquete bordado. Total, doce duros. Me quedaban cuatro, dos de los cuales empleé en un Diccionario francés-español... y, el resto, para comer.»

Felizmente, pronto llegaron el perdón y el socorro maternos. Otras labores literarias le fueron confiadas; colaboró en varios diarios y revistas, y hasta dirigió una publicación titulada *El Museo de las hermosas*. De vuelta en Barcelona, escribió para empresas editoriales y para teatros; fué poeta del Principal y del Liceo, cronista y crítico (á veces en verso), y explicó en cátedra libre, antes que nadie, la Historia de Cataluña. Ahondando en la materia, ocho años más tarde pudo dar al público, con aquel título, la primera obra completa y trascendental, escrita con espíritu moderno, causa de su popularidad futura, y también ¿á qué no decirlo? de envidias, ingratitudes y rivalidades profesionales y políticas. Sus estudios no carecían de defectos (que ha corregido en la segunda edición), pero él abrió el camino, para él fueron las más áridas dificultades á vencer y los medios de investigación más escasos.

Data de 1857 su poesía catalana *A la Verge de Montserrat*; por ella, Balaguer empezó á cultivar una nueva literatura, y por ella adoptó el pseudónimo de *Trovador de Montserrat*. Yo le oí recitar ardorosamente ese canto en Granada, el año 1889, cuando la coronación del poeta Zorrilla; yo lo propuse para documento de lectura en el segundo Certamen que de este olvidado arte promoví en Barcelona: el público lo coronó, como siempre, de entusiásticos aplausos.

Fuó uno de los que restablecieron los *Jochs Florals*; su primer Maestro en *Gay Saber*, y también el primero que introdujo la tragedia en la escena catalana, título que reivindica en el prólogo con que amparó mi obra *Eróstrat. Las Esposallas de la morta* (Romeo y Julieta), es su obra más popular de este género, así como su drama castellano más conocido, es *Don Juan de Serrallonga*.

En ambas lenguas, su fecundidad ha sido asombrosa. Su bibliografía acaso contenga cien libros de Historia, tradiciones y novelas; entre los primeros sobresalen, además de la obra ya dicha, la *Historia de los Trovadores*, y *Los Reyes Católicos y Guerras de Granada*, donde renueva las gallardas muestras de su saber, independencia de carácter y dotes narrativos, pues hace revivir, verídica y estéticamente, los tiempos, los hechos y las obras. Numerosos son también sus dramas, tragedias, comedias y tomos de poesías, éstas, en general, inspiradas y viriles; algunas, adolecen

de dureza de forma y monotonía, y son inferiores á la prosa castellana de sus últimos tiempos. De sus obras en verso, traducidas á diversas lenguas, con razón prefería él (y nosotros) su poema *Los Pirineos*, puesto en música por el maestro Pedrell. La antigua, la gloriosa Cataluña, no tuvo autor más entusiasta que Balaguer; sobre todo fué un poeta libre, no sojuzgado por compromisos de bandería ó de escuela, por ese virus que ha dado tantos cantos de iconoclasta, de anémico ó de eunuco, á una parte de la literatura catalana.

Si llegó á la política por la literatura, merced á aquélla hizo el bien de ésta y del país que representaba; él, con sus libros, sus discursos, su propaganda y su influencia, contribuyó, como otro ninguno, á reivindicar el rango que correspondía á Aragón y Cataluña en la historia y en la vida españolas. El deshizo prejuicios, promovió respetos, despertó simpatías y aficiones á determinados estudios, y llevó á las Academias, círculos y teatros, voces, títulos, hombres y obras de su tierra; «sin él, (ha dicho uno de sus críticos, nada sospechoso) esta literatura regional, hoy tan floreciente, habría pasado tal vez inadvertida para el resto de España.» Y de América y del resto de Europa, añadimos nosotros.

Balaguer, ha sido diputado, senador, presidente de Diputación, vice-presidente del Congreso, presidente del Tribunal de Cuentas, miembro y presidente del Consejo de Instrucción Pública, del de Filipinas, del de Estado (puesto que renunció antes que perjudicar los intereses de sus comitentes), y varias veces ministro. Ha sido también académico de la Lengua y de la Historia, y gran cruz de varias Órdenes. Con creces ha devuelto á su patria lo que ésta le haya podido dar en honores y sueldos.

Si *Don Victor* no hubiese hecho otra cosa que fundar (entre otras instituciones) el Museo-Biblioteca de Villanueva y Geltrú y el Museo de Ultramar, de Madrid, por eso sólo ya merecería la eterna admiración y gratitud de sus compatriotas.

Para el primero, que donó en vida á Villanueva, empleó toda su fortuna de 42,000 duros, su biblioteca de 18,000 volúmenes, 200 cuadros y multitud de objetos antiguos y curiosos. Hoy, se ha ampliado el edificio con dos salones, los libros ascienden á 60,000, y la colección arqueológica y de Bellas Artes ha duplicado quizá su importancia. Además, el venerable anciano ha legado posteriormente á la villa su hermosa *Casa de Santa Teresa*, rica en objetos notables por su belleza ó su historia.

El *Museo de Ultramar*, consecuencia de la Exposición Filipina que organizó, siendo Ministro de Fomento, en 1887, es también de suma importancia para el estudio científico, literario, industrial y mercantil, y de haberlo frecuentado quienes estaban más obligados á ello, otra suerte, de seguro, le cupiera á la hoy arruinada España colonial.

Su última obra, su testamento literario y político, su poético adiós al mundo, puede decirse que está en el discurso de los últimos Juegos Florales de Zaragoza. En él, mucho más que en el de Granada, ha acentuado su nota de españolismo, al par que su ardiente amor á Cataluña, y su protesta de perseverancia en las reivindicaciones sensatas que para ella siempre quiso.

Ha vivido enteramente consagrado al bien de la patria y de sus semejantes, al culto de la verdad y la belleza, cristiano, caballero, probo, modesto, laborioso, consecuente amigo, amparador de la virtud y el mérito, caminando con dignidad nunca desmentida á la muerte, que ha despertado un grito de dolor en toda España, y en las colonias catalanas de la América latina, no lo dudo. Cumplido tributo de afecto y de respeto pagó Madrid á sus restos y á los de su amante esposa (fallecida hace algunos años) al acompañarles al tren que debía conducirles á Cataluña. En Zaragoza y en muchos pueblos de Aragón recibieron, asimismo, sinceras demostraciones. Ayer tarde les esperaban en Villanueva las Autoridades y corporaciones de la localidad, de la ciudad condal y de la Provincia. Allí estábamos también los amigos, los admiradores, la masa numerosísima y compacta de un pueblo reconocido, que probó cómo sabe premiar á sus desinteresados bienhechores. Aquello era imponente y conmovedor; por otra parte, era digno de uno de los hombres más ilustres que el Principado cuenta en el siglo XIX.

F. TOMÁS Y ESTRUCH



BUSTO MODELADO POR JOSÉ CAMPENY.



LOS PROMETIDOS ESPOSOS S. A. R. LA PRINCESA DE ASTURIAS Y DON CARLOS DE BORBON

Fotog. de Franzen (Madrid)

EN EL CONVENTO

EL jardinero era un pobre viejo que á fuerza de cuidados y paciencia tenía la huerta y los jardines de la Comunidad que daba gusto verlos. Crecían allí con gran lozanía las verduras; los rosales, clavellinas, lirios y otras plantas olorosas embellecían aquel pedazo de tierra, pródiga también en árboles frutales.

El bueno del hombre abrióme la puerta, seguimos por un corredor que nos condujo á una espaciosa galería de techo abovedado y sostenido por gruesas columnas, estilo árabe.

Desde allí contemplamos el espacioso patio cuadrado en cuyo centro descollaba magnífico pilar de mármol, rodeado de un pequeño surtidor en cuyas cristalinas aguas paseaban majestuosamente dos cisnes blancos como el armiño.

Del jardinero, á pesar de la severa consigna que tenía de no permitir la entrada á nadie, por ser el convento de las madres «Agustinas» de clausura, pude conseguir—no sin gran trabajo—que me dejase visitarlo una sola vez; y me hizo ese inmenso favor, gracias á que yo tenía allí una prima educanda y á toda pensión, según decía él, recalcando la frase. Esto era muy significativo, y al punto me apresuré á obsequiar al buen viejo con unas moneditas de plata que le volvieron loco de contento.

—Oiga usted,—me decía en voz baja.—Aprovechando las dos horas que con las colegialas invierten las madres en la capilla para cantarle á la Virgen unas oraciones muy hermosas, recorreremos alguna de las dependencias de esta santa casa, que creo han de agrada[r] á usted.

—Con mucho gusto; ya estamos andando—le respondí.

La calma de aquel sitio, la belleza del edificio, el rumor de angélicas voces que hasta allí llegaba, acabaron por fascinarme.

Con el guardián, ó con el jardinero—pues los dos cargos le estaban confiados á mi acompañante,—visitamos una espaciosa sala, destinada á colegio para las educandas. Nada faltaba allí: buenas mesas de escribir, cuadros en cuyas estampas estaba representada la historia de Jesús, magníficas pizarras, mapas y un sinnúmero de curiosidades para el estudio, como figuras geométricas, aparatos de física, pájaros disecados, colocado todo cuidadosamente encima de una mesa.

Salí admirado de aquel local. Mi guía condújome por un corredor en cuyo extremo había una puerta que se abría por medio de un resorte.

Nos encontramos de repente en una habitación oblonga con una gran ventana que miraba al huerto. Las paredes estaban blanqueadas, descolando un gran crucifijo en uno de los extremos.

Me dijo el jardinero que allí iban únicamente las colegialas castigadas para cumplir penitencia. Me disponía á salir, cuando me pareció ver algo escrito con lápiz en la pared. En efecto: con letra diminuta, pero inteligible, pude leer estos versos medidos de cualquier manera: «Ayer tuve un mal pensamiento—que puse en práctica después—por desgracia Sor Inés—lo ha sabido al momento—y aquí cumplo la penitencia—pidiendo á mi Dios clemencia.—Perdón, Señor, perdón.—Una arrepentida.

Había otros escritos, entre ellos éste que copio por su originalidad.—*Los días de la semana.*—«El lunes lo prefiero al martes, porque nos visita el señor obispo, que es muy bueno y nos regala estampas preciosas. El martes es día fatal para mí; cuando no sé la lección, me constipo ó no puedo conciliar el sueño hasta media noche. El miércoles rezo con gran devoción, porque en ese día perdí á una persona muy querida. El jueves lo prefiero al viernes, porque les puedo contar durante la tarde algunos cuentos á mis buenas compañeras. El viernes es un día aciago en que me duelen las muelas desde que me levanto hasta que me acuesto. El sábado es para mí un día muy risueño: cantamos el rosario con acompañamiento de armonium y nos acostamos muy temprano. El domingo es para mí el mejor día de la semana, porque puedo hablar con mis papás, que vienen á visitarme, y puedo divertirme en el jardín con mis amigas del colegio.—Una pensionista.

Abandonamos por fin aquella habitación para dirigirnos á las celdas de las madres Agustinas, las cuales hallamos cerradas, á excepción de una que quedó abierta por descuido. Mi curiosidad llevóme á su interior, pudiendo apreciar la limpieza y el esmero que se notaban en ella. La luz penetraba allí por una ventana con celosías.

El jardinero me invitó á mirar, y, al efectuarlo, pude convencerme del espectáculo poco risueño que ante mí se ofrecía. Estaba contemplando el cementerio de la Comunidad: un pedazo de tierra cercado de pared, con su gran cruz de hierro en medio, otras más toscas y casi ocultas en la hierba, sin más flores que las que dan los muertos: esas florecitas blancas y amarillas que nadie se atreve á coger y que vienen á ser el principal embellecimiento del Campo Santo... Balbuceé un *padre nuestro* á la memoria de las que en otro tiempo consagraron su vida al Señor, y guiado siempre por mi amable compañero, visité el campanario de la iglesia.

Allí estábamos cuando movióse el martillo de una de las campanas, cuya cuerda era tirada con fuerza desde abajo.

Advirtiómeme el jardinero que aquel toque indicaba el fin de la ceremonia que en la capilla estaba celebrando la Comunidad. En vista de ello, me dispuse á salir del convento; pero al cruzar el patio para dirigirnos á la puerta de salida, abrióse de improviso la de la capilla, que estaba á pocos pasos de nosotros.

No sé lo que pasó por mí al ver, entre las educandas que salían del templo, la majestuosa figura de la madre superiora.

El pobre jardinero estaba aterrado, y yo, ante aquella esclava del Señor, llena aún de atractivos; de rostro pálido, sí, pero extraordinariamente bello, me quedé absorto, sin saber qué decir.

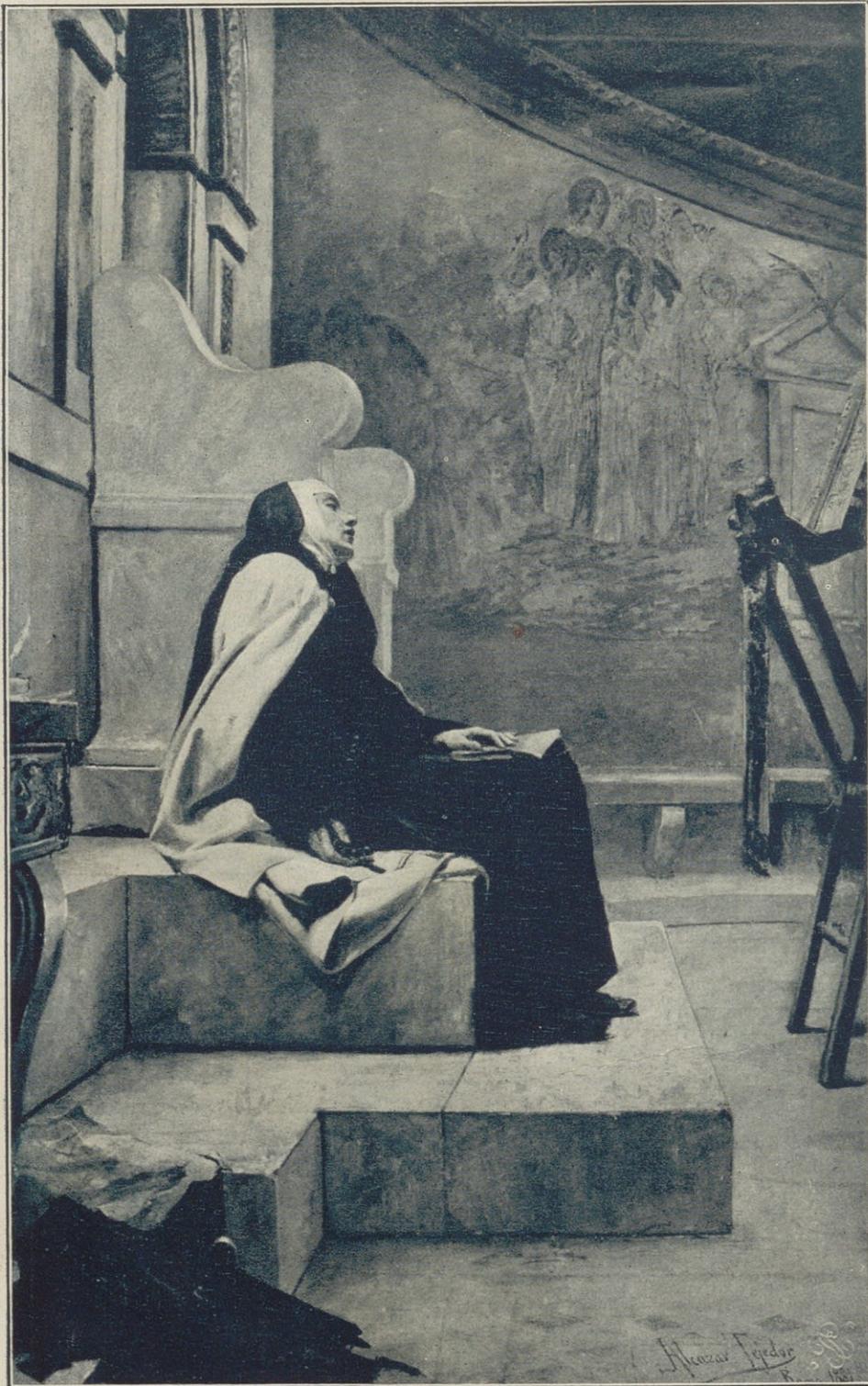
La superiora nos dirigió la palabra con acento reposado. Su voz era de timbre tan agradable que me pareció escuchar una música extraña, pero suave...

Miró con cierta severidad al guardián. Este quiso excusarse, pero ahogóse su voz en la garganta y hube de sacar fuerzas de flaqueza para salir en su abono, murmurando humildemente: «Este buen hombre no tiene culpa si me encuentro aquí. Yo violé la consigna, abusando de su bondad. No le hice caso, y... ahora que me veo sorprendido, arrepíentome de mi obstinación. Perdóneme usted, madre.»

La superiora repuso: «Me tranquilizan sus explicaciones; puede usted, por lo tanto, retirarse; y tú, Pablo, no vuelvas á cometer falta semejante, porque al punto quedarás despedido. Que el Señor nos libre de todo mal.»

Y desapareció ligeramente por el claustro aquella religiosa que, en lo mejor de su vida, ocultaba el talento y la hermosura entre el misterio y el murmullo de las plegarias.

De buena gana me hubiera arrodillado á sus pies para besarle la mano; pero eso hubiera sido una profanación: tuve que contentarme con abrazar al buen viejo que me había permitido apreciar el encanto y la poesía de aquella sagrada mansión.



SANTA TERESA

Cuadro de J. Alcázar Tejedor.

Fot. de J. Laurent y C.^a

FRANCISCO COLLADO

EL OBISPO MORGADES

CUANDO se escriba la historia eclesiástica de Cataluña en el siglo XIX, brillarán en ella, con deslumbrantes fulgores, tres nombres gloriosos: Balmes, Claret y Morgades; un filósofo, un santo y un obispo. Ellos son los egregios varones que mayor influencia habrán ejercido en nuestra vida religiosa: Balmes fué el pensamiento, Claret fué la palabra, Morgades ha sido la mano ejecutora. Este es el verdadero distintivo del Prelado barcelonés que ha bajado á la tumba, y llora Cataluña toda.

Balmes vió el mal y señaló su remedio; Claret sembró la semilla del bien, por medio de su ardiente palabra, en los corazones catalanes; Mor-

gades aseguró los frutos de la semilla sembrada por el venerable Claret en la tierra preparada por Balmes, con obras de fecunda iniciativa.

¡Feliz coincidencia! para los tres fueron principal teatro de su vida la diócesis de Vich, la ciudad de Barcelona y la capital de España.

La diócesis vicense vió nacer á Balmes y á Claret y sintió antes que nadie la influencia de la diamantina pluma del primero y de la apostólica palabra del segundo; Barcelona les dió asilo y les escuchó reverente; admiróles Madrid y bebió los raudales de sus inmortales doctrinas.

Asimismo, Barcelona acogió á Morgades y le tomó bajo su protección



EXCMO. É ILMO. DR. JOSÉ MORGADES Y GILI

† FALLECIDO EN BARCELONA EN EL DÍA 8 DE ENERO DEL PRESENTE AÑO.

Fot. Audouard.

cuando niño, para ponerse bajo la dirección de él cuando ya hombre. Le aplaudió en el Seminario y en la Universidad, celebró sus triunfos en la Catedral, y le tomó como ángel custodio suyo en las pestes asoladoras de los años 65 y 70. Ya puesta bajo su protección y guía, levantó Barcelona, por iniciativa del joven sacerdote, el grande Asilo de las Hermanitas de los Pobres para los ancianos desvalidos, el del Buen Consejo para las jóvenes extraviadas; el del Seminario Mayor para los sacerdotes que la edad ó las enfermedades han dejado impedidos; sin contar las innumerables obras que su fecunda iniciativa ó apoyo decidido, ha permitido llegar á plenitud de desarrollo.

En la sede ausetana su actividad asombrosa se dejó sentir en todas las obras de caridad y beneficencia que en su tiempo se emprendieron ó existían; fundó escuelas dominicales y nocturnas para obreros; colegios y diversos patronatos; restauró las iglesias y capillas que el tiempo arruinaba; derramó á manos llenas la limosna; ocupóse en las grandes cuestiones sociales de palabra en notables pastorales, y de obra con su intervención en los conflictos obreros. Atento al bien de la Iglesia; restauró la abolida diócesis celsonense; celoso de las glorias patrias, restauró con aliento poderoso el panteón insigne de nuestros primeros Condes, Santa María de Ripoll, joya del Arte, y monumento de gloria; atento á los progresos de

la ciencia eclesiástica, creó en Vich el asombroso *Museo arqueológico diocesano*, émulo de los museos de Roma.

Madrid, por fin, sintió también el influjo de Morgades, no sólo en el Senado, donde el difunto Obispo era profundamente respetado, sino también en el mismo Palacio Real donde era recibido y escuchado con grande amor y respeto.

Cuando murió Balmes, se sintió largo tiempo el vacío que dejaba en la esfera política, religiosa y social de nuestra patria: se había eclipsado el faro de las inteligencias modernas. Cuando el venerable Claret tuvo que cerrar sus labios, amordazado por la Revolución, la vida católica de nuestra tierra sufrió un colapso que sólo la Revolución misma fué poderosa á vencer. Hoy, al desaparecer de entre nosotros el Obispo Morgades, deja no sólo en la orfandad su grey amada, sino sin el apoyo de su mano y su prestigio á cuantos se dedican á la propagación de la doctrina católica en nuestra tierra. La múltiple actividad de sus energías hará sentir su falta en más dilatados espacios, y se pasarán muchos años, antes no se llenará su vacío. Los pobres han perdido un padre, los ingenios un Mecenas, la propaganda católica un propulsor infatigable, la Patria un hijo tan ilustre como amante, la Iglesia un Pastor insigne.

C. SOLER

FRANCISCO HERNÁNDEZ MONJO



ACORAZADO PELAYO

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).

FRANCISCO MIRALLES



MERCADO DE FLORES EN PARÍS

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).

LA FUNCION DE DESPEDIDA

VALIENTE temporada la que finalizaba con la función de aquella noche!

Los pobres artistas, avezados, unos más y otros menos, á los apuros y sinsabores de la vida del teatro, se habían visto pocas veces en situación semejante: empeñados hasta los ojos; debiendo tres y cuatro semanas de pupilaje los afortunados que habían caído en manos de patronas compasivas; no faltando algunos que, puestos por la suya de patitas en la calle al primer síntoma de morosidad, se veían obligados á dormir en su cuarto del teatro, sobre un montón de casacas y chambergos.

Y todo ello reconociendo como causa inmediata la no aparición, durante más de un mes, de la palabra *nómina* en la tablilla de ensayos.

El empresario, don Facundo Dragoncillo, casi, casi podía pasar por buena persona. Después de retirar diariamente del despacho las primeras cincuenta pesetas que se recaudaban, para los gastos de su casa, era norma constante en él no disponer de un céntimo más, hasta dejar cubiertos todos sus compromisos.

Pero ante la prolongada *indisposición* del público, que parecía no acordarse de que en la ciudad había un teatro, ¿qué iba á hacer el hombre? Bastante sacrificio se imponía, tomando, de algún tiempo á aquella parte, en vez de las cincuenta consabidas, sólo diez ó doce... quince á lo sumo. Bien es verdad que ninguna noche ingresaban más en taquilla.



MARIANO BENLLIURE. — Eminente escultor español.

Fot. Antonio García (Valencia).

Y es el caso que la compañía gustaba, y no poco, á los escasos espectadores que la honraban con su presencia; y que éstos, en el Casino y en sus conversaciones de visita ó paseo, hacíanse lenguas del mérito de la tiple, del inagotable gracejo del tenor cómico, de las facultades del bajo, de la elegancia del barítono y, sobre todo, de la dulcísima voz del tenor Luis Alvarez, verdadera estrella del arte. Pero indudablemente se refería á la población de que hablamos aquel antiguo agente de teatros que cuando se veía importunado por algún cómico hambriento de contrata, le decía, para quitárselo de encima:

—Probablemente irá usted á X. ¡Muy buena tierra! Allí todo el mundo cena guisado y se acuesta á las nueve.

No se ha podido averiguar aún la influencia que cierta clase de platos pueda ejercer sobre las aficiones artísticas del individuo. De todos modos cabe en lo posible que los habitantes de X cenaron cosa distinta de la que les atribuía el agente: pero que se acostaban á las nueve, ó lo parecía al menos, era indudable.

Afortunadamente, todo iba á arreglarse pronto: noches antes, Dragoncillo había convocado y reunido á los artistas después de la función, en el escenario.

—Ya ven ustedes lo que está ocurriendo,—les había dicho.—No hay

medio de seguir aquí hasta Carnaval. He perdido todo mi dinero, y ya hubiera cortado por lo sano, si no considerara más sagrados que los míos propios, los intereses de mis artistas. A fin de defenderlos, he seguido negociaciones con varias empresas, y hoy puedo anunciar á ustedes que he formalizado contrato con los propietarios del teatro de H, donde empezaremos de hoy en quince. La única dificultad consiste en que aquéllos sólo me adelantan la mitad del importe del viaje, y para salir de aquí hay que buscar la otra mitad, y algo más que permita á ustedes desempeñarse y pagar lo que deben. Es preciso, pues, organizar media docena de funciones llamativas, capaces de vencer en lo posible la indiferencia de este público: yo confío á ustedes la confección de los programas, y por mi parte propongo, seguro del resultado, que la última se anuncie á beneficio, (beneficio de nombre), de Alvarez, con la ópera *Marina* y un par de romanzas en los intermedios. Sé de buena tinta que hay verdaderos deseos de oírle en esa obra, y los principales socios del Casino, con quienes he hablado, me responden de que se llenará el teatro. En resumen: unos días más de paciencia, y habremos salido de esta desdichada situación. ¿Están ustedes conformes?

¡Claro que estaban conformes! Hubieran sin duda preferido, á todos los discursos del mundo, cobrar en el acto algo de lo atrasado; pero, á falta de realidades, buenas eran esperanzas; sobre todo tratándose de cómicos, que, dicho sea en su elogio, es la gente más bonachona y sufrida que come pan... cuando lo come.

—Siento no poder aceptar la proposición que se nos hace—dijo de pronto Alvarez, sembrando el pánico y la consternación entre las filas de sus compañeros.—No es que la crea desventajosa para nadie;—continuó—y á no mediar la circunstancia que voy á exponer á la consideración de ustedes, yo sería el primero en aceptarla gustosísimo: pero es el caso que desde hace dos meses tengo, como es de todos sabido, noticias muy tristes acerca de la salud de mi madre. Hoy mismo he tenido carta de mi hermana diciéndome que, aunque no hay peligro inmediato, mi presencia pudiera muy bien influir en el restablecimiento de la pobre vieja, y que debería, aprovechando la primera ocasión oportuna que se presentase, acudir á su lado. Y eso es lo que pienso hacer. Prescindan, pues, de mí en esas seis funciones proyectadas.

—¡Prescindir de usted!—exclamó Dragoncillo.—¡Bonito negocio haríamos con el *Juramento* y *El Diablo en el Poder!* Para ese viaje no necesitábamos alforjas. Si usted se va, careciendo como carece de recursos para sostener la compañía hasta empezar en H, me veré obligado á decir: señores, ahí queda eso y á Madrid me vuelvo!

A estas palabras siguió un jaleo de dos mil demonios. Todos hablaban á la vez, increpando algunos al empresario, mientras los más se dirigían á Alvarez, tratando de hacerle desistir de sus propósitos.

—¡Hombre, por Dios, no nos dejes en la estacada!

—Seis días se pasan en seguida.

—Si esto se acaba, ¿qué va á ser del pobre coro?

—¿Y de las pobres segundas partes?

—¿Y de las pobres primeras partes... pobres?

Sólo permanecía callado Peláez, el tenor cómico, paisano y amigo entrañable de Alvarez. Juntos, seis años atrás, habían emprendido la accidentada vida del teatro, sin separarse desde entonces; y aún se decía que, tarde ó temprano, la hermana del tenor serio pasaría á ser la esposa del tenor cómico. A estas circunstancias, sin duda, era debido el silencio del segundo, temeroso de influir en la decisión que pudiese tomar el primero.

Y aunque de buena fe entendía no haber ningún mal en que su amigo aplazase por una semana la realización de su natural deseo, se guardaba muy mucho de unir sus súplicas á las de sus compañeros.

Súplicas que no fueron estériles.

—¡Contad conmigo!—dijo, al fin, Alvarez, con voz conmovida,—y no se hable más del asunto. Los que estiméis en algo el sacrificio que hago, rezad un Padre Nuestro por la salud de mi madre, y me habréis pagado con creces.

Los cálculos de Dragoncillo, fundados en las promesas de los socios del Casino, llevaban trazas de realizarse por completo. Tan pronto aparecieron en las esquinas los carteles anunciando el beneficio de Luis Alvarez y la despedida de la compañía, empezó la gente á agolparse junto al despacho de localidades, amenazando—¡dulce amenaza!—agotarlas en breve.

Cierto que las cinco funciones anteriores, á pesar de sus atractivos, se habían hecho en familia, como las demás de la temporada; pero los ingresos de la última prometían ascender á una cifra *fabulosa*; fabulosa en X..., naturalmente.

Peléez, desde las primeras horas de la mañana, se hallaba en el despacho de billetes, ayudando al expendedor, que en su vida se las había visto más gordas, y recreándose ante el espectáculo de aquella multitud que iba dejando allí su dinero. Y entregado á tan agradable tarea, sin sentir cansancio, seguía á las cinco de la tarde, cuando oyó á su espalda estas palabras, pronunciadas por el avisador del teatro:

—Señor Peláez, un telegrama para usted.

—¿Para mí?... ¡Es extraño! Venga—dijo: y tomando el despacho que aquél le presentaba, lo abrió lentamente, como para prolongar ese cosquilleo nervioso que produce la curiosidad cuando vemos llegado el momento de poder satisfacerla.

Y leyó; leyó, pareciéndole que el mundo se le caía encima de repente: «Mamá se muere. Prepare Luis y que venga primer tren.—Dolores...» ¡En el primer tren! Es decir, en el de las ocho y pico de la noche. ¿Y la función anunciada? ¿Y el dinero recaudado? ¿Y las patronas *inglesas*? ¿Y el viaje á H? ¡Preparar á Luis! ¡Vaya un disgustazo!... ¡con lo que quería á su madre! ¡Pobre señora! ¡Y pobre Lolita! ¡tan buenas las dos! ¡qué desgracia!... ¡Y el teatro que iba á estar de bote en botel!... Todas

estas ideas pasaron, atropellándose en revuelta confusión por el cerebro de Peláez, en el brevísimo espacio de un segundo.

No tardó, sin embargo, mucho más en darse cuenta exacta de los sagrados deberes que la amistad le imponía, y, dejando á las personas que le rodeaban haciendo conjeturas y comentarios acerca de la visible impresión que aquel telegrama habíale causado, salió del despacho á paso ligero, no sin dedicar antes una conmovedora mirada de despedida al repleto cajón de los cuartos.

Fácil le fué dar con Alvarez, sabiendo que aquellas horas de la tarde solía pasarlas en el Casino, donde era muy estimado por su corrección y agradable trato. Más difícil le pareció, ya en presencia suya, hallar manera de comunicarle la triste noticia.

Pero Alvarez, que inmediatamente leyó en la cara de su amigo que algo grave ocurría, salióle al encuentro tembloroso y agitado, pudiendo apenas formular estas palabras:

—¿Me traes alguna mala noticia?

—Vamos á la calle, y allí hablaremos, — repuso Peláez, eludiendo la contestación y arrastrándole hacia la puerta.

—¿Acaso es que mi madre?...

—¡Vive, hombre, vive! Serénate y no te asustes. ¡Vamos fuera!— Y cogidos del brazo salieron del Casino, anonadado bajo el peso de lúgubres presentimientos el uno, y considerándose, el otro, en el trance más amargo de su vida.

—¡Vaya un entradón! Está hermoso el teatro. ^{***} Mire usted, Dragoncillo.— Así dijo la tiple, atisbando por el agujero del telón, y dirigiéndose al empresario que, visiblemente preocupado, se paseaba, allá en el foro, por la playa de Lloret unas veces, y otras con *agua* á la cintura.

—¡Sí, sí; muy hermoso!— contestó maquinalmente el interpelado. Y deteniéndose de pronto, gritó, llamando al segundo apunte:— ¡López!

—Mande usted.

—¿Ha venido Alvarez ya?

—No, señor, y son las ocho y media dadas; pero tarda mucho en salir, y creo que podríamos empezar.

—¡No, no!— replicó Dragoncillo.— Hay que aguardarle.— Y emprendió de nuevo sus paseos, esta vez más al foro, y, por lo tanto, ya con el *agua* al cuello. Los empleados de contaduría le habían referido la historia del telegrama recibido por Peláez, y, á su pesar, relacionaba este hecho con la tardanza de Alvarez, presintiendo una catástrofe.

El público, hasta entonces tranquilo, empezó de repente á dar muestras de impaciencia, que, poco á poco, fueron acentuándose. A los diez minutos, el acompasado bastoneo era terrible.

—¿Qué hacemos?— preguntó á Dragoncillo el maestro.

—Baje usted á la orquesta— contestóle aquél desde el fondo del mar, donde estaba ya sumergido por completo.— Así se calmará algo esa gente; — pero no empiece usted hasta que se le avise!

Y á la orquesta bajó el hombre, siendo saludado, al sentarse en el sillón, con una grito espantosa; grita que subió de punto al ver los espectadores que no empuñaba desde luego la batuta y que sólo se pretendía ganar tiempo.

La situación empezaba á ser verdaderamente violenta é iba cundiendo cierta alarma entre los artistas, cuando, sudoroso y jadeante, abriéndose paso á empujones, apareció Peláez en el escenario, gritando:

—¡Vestirse para *Las dos Princesas*, y sea lo que Dios quiera!

La confusión que siguió á estas palabras no es para descrita. Dragoncillo, al oírlas, salió de entre las olas como un cetáceo perseguido, lanzándose al encuentro del que las había pronunciado.

—¿Y Alvarez?— exclamó convulso.

—En el tren, camino de su pueblo. ¡La cosa no tenía vuelta de hoja! Voy á ver si lo arreglo. ¡Paso!

Y sin detenerse á dar más explicaciones ni parar mientes en las *picardías* que empezaron á lanzar sobre él sus indignados compañeros, se dirigió á la embocadura, deslizóse entre ésta y el telón de boca, avanzó con ademán resuelto hasta las *candilejas* y, aprovechando el profundo silencio que había seguido á su aparición,

—¡Respetable público!— dijo:— Por causas ajenas á la voluntad de la empresa, no puede representarse la función anunciada para esta noche. Luis Alvarez, llamado por su madre que está expirando, se ha visto obligado á partir precipitadamente. Sus últimas palabras, al arrancar el tren, han sido de gratitud inmensa hácia este público, y la promesa que yo, por encargo suyo, transmito, de venir á cantar en la Catedral una *Salve*, tan pronto deje cumplidos los sagrados deberes que hoy le llaman, como débil compensación á la contrariedad que pueda producir su repentina ausencia. Así, pues, representaremos *Las dos Princesas*, obra en que tanto tengo el honor de distinguirme. Los señores concurrentes que no estén conforme con el cambio, pueden pasar al despacho á recoger el importe de sus localidades. Y si es sensible para el respetable público verse privado de saborear las bellezas de la inmortal *Marina*, no lo es menos para la compañía de que formo parte, tener que prescindir de los ingresos de esta noche, con los que esperaba poder sufragar los gastos de su viaje. Nos queda el recurso de hacerlo á pie; y puedo asegurar al respetable público que no nos embarazará gran cosa el transporte de los equipajes, que habrán de quedarse aquí, como triste recuerdo de unos cómicos tronados. He dicho.

Una nutrida salva de aplausos resonó en el teatro, llevando un rayo de esperanza al angustiado espíritu de artistas y empresario. Este corrió anhelante á contaduría, mientras aquéllos se preparaban para la función, y allí pudo ver su parte de esperanza convertida en realidad: ¡nadie se presentó á reclamar el importe de su billete!

La alegría del peligro vencido y el afán de corresponder á la buena fe de aquel público, estimularon á Peláez y demás compañeros, que, como suele decirse, echaron el resto aquella noche, dando lugar á que ni un solo espectador se arrepintiese de haber presenciado el espectáculo.

Pero es lo que decía, al salir, un socio del Casino, confesando, á pesar de todo, que había pasado muy bien la noche:— Nos ha salido la contraria. Apuntábamos al tenor Alvarez; saltó, y vino... Peláez.

Cinco días después, Alvarez, en cuyos ojos brillaban aún las lágrimas arrancadas á su corazón por la muerte de su madre, cantaba en el venerado templo la prometida *Salve* á la Virgen Patrona de la ciudad, pagando así la deuda de gratitud contraída por sus camaradas, y cautivando

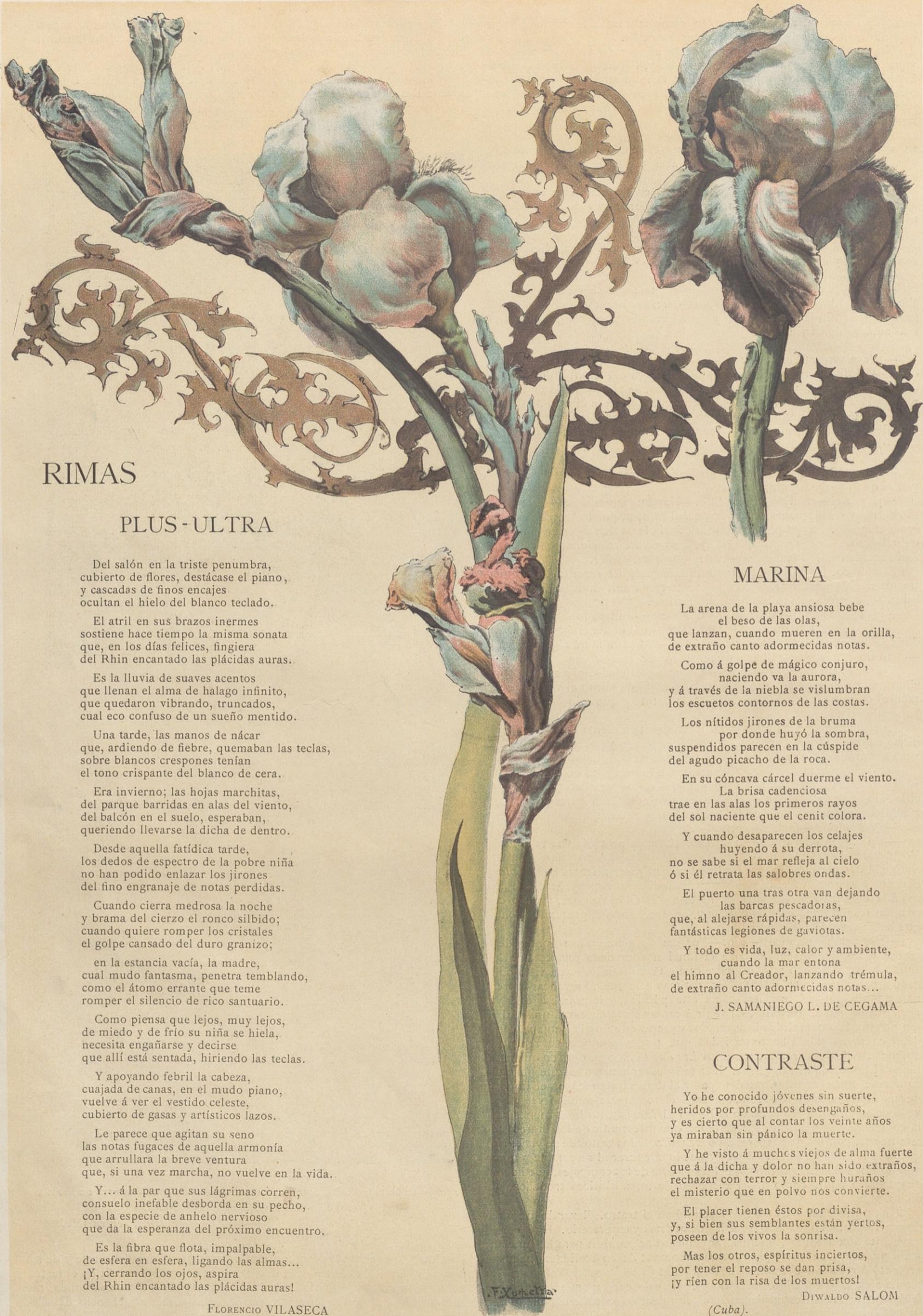


JARRÓN DE MARIANO BENLLIURE REGALADO Á S. M. LA REINA REGENTE DE ESPAÑA POR LA MUNICIPALIDAD DE BUENOS AIRES.

Fotog. Franzen (Madrid).

las almas de cuantos le oían con los tesoros de su exquisito arte y de su voz dulcísima. Y es fama que, desde entonces, cuando actúa en el teatro de X algún artista de mérito, acude todo el mundo á oírle en seguida, no aguardando á la última función, por sí, como decía aquel socio del Casino: «viene la contraria... y aparece Peláez.»

MIGUEL TORMO



RIMAS

PLUS - ULTRA

Del salón en la triste penumbra,
cubierto de flores, destácase el piano,
y cascadas de finos encajes
ocultan el hielo del blanco teclado.

El atril en sus brazos inermes
sostiene hace tiempo la misma sonata
que, en los días felices, fingiera
del Rhin encantado las plácidas auras.

Es la lluvia de suaves acentos
que llenan el alma de halago infinito,
que quedaron vibrando, truncados,
cual eco confuso de un sueño mentido.

Una tarde, las manos de nácar
que, ardiendo de fiebre, quemaban las teclas,
sobre blancos crespones tenían
el tono crispante del blanco de cera.

Era invierno; las hojas marchitas,
del parque barridas en alas del viento,
del balcón en el suelo, esperaban,
queriendo llevarse la dicha de dentro.

Desde aquella fatídica tarde,
los dedos de espectro de la pobre niña
no han podido enlazar los jirones
del fino engranaje de notas perdidas.

Cuando cierra medrosa la noche
y brama del cierzo el ronco silbido;
cuando quiere romper los cristales
el golpe cansado del duro granizo;

en la estancia vacía, la madre,
cual mudo fantasma, penetra temblando,
como el átomo errante que teme
romper el silencio de rico santuario.

Como piensa que lejos, muy lejos,
de miedo y de frío su niña se hiela,
necesita engañarse y decirse
que allí está sentada, hiriendo las teclas.

Y apoyando febril la cabeza,
cuajada de canas, en el mudo piano,
vuelve á ver el vestido celeste,
cubierto de gasas y artísticos lazos.

Le parece que agitan su seno
las notas fugaces de aquella armonía
que arrullara la breve ventura
que, si una vez marcha, no vuelve en la vida.

Y... á la par que sus lágrimas corren,
consuelo inefable desborda en su pecho,
con la especie de anhelo nervioso
que da la esperanza del próximo encuentro.

Es la fibra que flota, impalpable,
de esfera en esfera, ligando las almas...
¡Y, cerrando los ojos, aspira
del Rhin encantado las plácidas auras!

FLORENCIO VILASECA

MARINA

La arena de la playa ansiosa bebe
el beso de las olas,
que lanzan, cuando mueren en la orilla,
de extraño canto adormecidas notas.

Como á golpe de mágico conjuro,
naciendo va la aurora,
y á través de la niebla se vislumbran
los escuetos contornos de las costas.

Los nítidos jirones de la bruma
por donde huyó la sombra,
suspendidos parecen en la cúspide
del agudo picacho de la roca.

En su cóncava cárcel duerme el viento.
La brisa cadenciosa
trae en las alas los primeros rayos
del sol naciente que el cenit colora.

Y cuando desaparecen los celajes
huyendo á su derrota,
no se sabe si el mar refleja al cielo
ó si él retrata las salobres ondas.

El puerto una tras otra van dejando
las barcas pescadoras,
que, al alejarse rápidas, parecen
fantásticas legiones de gaviotas.

Y todo es vida, luz, calor y ambiente,
cuando la mar entona
el himno al Creador, lanzando trémula,
de extraño canto adormecidas notas...

J. SAMANIEGO L. DE CEGAMA

CONTRASTE

Yo he conocido jóvenes sin suerte,
heridos por profundos desengaños,
y es cierto que al contar los veinte años
ya miraban sin pánico la muerte.

Y he visto á muchos viejos de alma fuerte
que á la dicha y dolor no han sido extraños,
rechazar con terror y siempre huraños
el misterio que en polvo nos convierte.

El placer tienen éstos por divisa,
y, si bien sus semblantes están yertos,
poseen de los vivos la sonrisa.

Mas los otros, espíritus inciertos,
por tener el reposo se dan prisa,
¡y ríen con la risa de los muertos!

DIWALDO SALOM

(Cuba).

¿QUIERE USTED SUICIDARSE?

ERAN las tres de la madrugada y Pepe Tormo paseábase por los alrededores del puente de Segovia, con aire meditabundo... De pronto, llamó su atención una sombra indecisa que avanzaba poco á poco por uno de los extremos del puente, con movimientos extraños y como procurando no ser vista. Aquella sombra iba y venía, apareciendo bajo la vacilante claridad de los faroles, hundiéndose en la penumbra incierta...

Pepe Tormo era un bohemio original que vivía eternamente desocupado, un noctámbulo incorregible, para quien era una necesidad agradable la de acostarse cuando todo el mundo se levantaba. Aquella sombra, apenas entrevista, inspiróle viva curiosidad, y en acechar sus movimientos, adivinar sus propósitos y protegerla, si de ello hubiese necesidad, contra ella misma, dedicó la noche. Se aproximó, adoptando un aire indiferente, encendiendo su pipa, y pudo cerciorarse de que la inquieta y misteriosa sombra era una preciosa muchacha de veinte años escasos que, pálida en extremo y acercándose con disimulo al pretil del puente, miraba obstinadamente hacia abajo.

—Ya comprendo,—exclamó Tormo,—he ahí una pobre joven que ¡vaya usted á saber la causa!, quiere romperse la cabeza contra el empedrado de la calle de Segovia.

Diciendo así, Pepe la siguió de cerca para cogerla de improviso si acaso ella intentaba salvar de un brinco la barandilla. De pronto, la desconocida, oyendo los pasos del bohemio, volvióse y dijo bruscamente:

—¿Por qué me sigue usted?

—No se ofenda usted, querida mía,—contestó Pepe, saludándola;—no la sigo, me limito á curiosar lo que va usted á hacer.

—¿Y qué es lo que voy á hacer?

—Sencillamente, largarse á la eternidad. Aquí donde usted me ve, soy un apasionado de este género de espectáculos, y si usted tuviese ya la manía del suicidio, sin duda me hubiese usted visto por aquí en acecho de las infelices que se matan.

—¿Quién ha dicho á usted que quiero matarme?

—¡Oh! esto lo adivina fácilmente, quien, como yo, está habituado á tales escenas. Usted no es una mujer cualquiera, es una obrera honrada, una pobre mujer seducida y abandonada. La pena la tiene á usted abatida, la vergüenza y la miseria la enloquecen, y busca usted el supremo consuelo en la muerte.

—Y bien, sí, todo esto es verdad; y por lo mismo estoy resuelta á matarme,—murmuró la infeliz.

—¡Si tendré yo experiencia!—dijo Pepe, en tono convencido;—la eterna historia que me han contado muchas desgraciadas antes de arrojarse por ahí.

—Pues entonces, retírese usted. Déjeme sola, para terminar mi sacrificio de una vez. Ruego á usted que se vaya y no intente disuadirme.

—¡Yo! Dios no lo quiera. Me paso la noche á lo largo de este puente, en espera de suicidas, de las que recojo los postreros estertores, los últimos gritos de agonía. ¡No será usted tan cruel que me prive de mi única distracción!

—Caballero; cese usted en sus bromas. No es generoso atormentar así ni burlarse de una mujer que sufre.

—¡Pobre niña! Crea usted que no me burlo, se lo juro á usted; lejos de eso, voy á permitirle darla un buen consejo, sugerido por la costumbre que tengo de presenciar estas cosas. Iba usted á precipitarse desde lo



NOTA ARTÍSTICA; por JULIO BORRELL.

alto de este tramo. Mal hecho. Es un mal tramo éste, da á los jardines y el batacazo no resulta certero; muy al contrario, se rompen los huesos, se desbarata el cuerpo y no se muere hasta el siguiente día, á pesar del estado realmente horroroso que ofrece una persona medio aplastada. ¡Si



NOTA ARTÍSTICA; por JULIO BORRELL.

hubiera usted presenciado la agonía de una pobre muchacha, tan linda como usted, que se suicidó la semana anterior! Fué terrible; estaba desconocida.

La joven escuchaba al bohemio, sugestionada por la imagen de aquella compañera de infortunio; la importunaba la idea de no morir en seguida.

Pepe Tormo continuó, con aire indiferente:

—Mire usted, el tramo central es el mejor para llenar los deseos de usted. El pretil tal vez sea más alto, pero esto no importa; yo la ayudaré á encaramarse. Desde arriba verá usted brillar tersas y limpias las piedras de la calle, que parecerán llamarla. Un movimiento y cataplúm, abajo. Lanzará usted un grito de terror al verse en el vacío. Este grito estridente es el que avisará á los descuidados guardias el salto mortal de un saltimbanqui trágico. Después nada, un golpe seco contra el duro suelo, una cabeza que se abre, la masa encefálica que se esparce...

—Es usted muy cruel...

—¡Yo cruel! ¿Y por qué, pobre niña? Me intereso por usted sencillamente y deseo evitarle faltas por inexperiencia que he observado en otras. Usted viene aquí decidida á morir ¿no es verdad? ¿qué crueldad hay en indicarle los medios de acabar más pronto? Existe cierta ventaja en morir rápidamente, en vez de vivir algunas horas desangrándose sobre la cama de un hospital. ¿Por qué le presto este servicio? Porque me es usted excesivamente simpática desde que la vi; porque adivino en usted un corazón herido y una víctima de nuestra abominable sociedad. Esta simpatía es tan viva que mañana, en que como hoy no tengo grandes cosas que hacer, seré capaz de ir á la sala de disección del hospital y recoger sus restos deshechos y ensangrentados, para sepultarlos debidamente.

—¿A la sala de disección?

—Sí; á la sala de disección. En cuanto el cuerpo de usted sea recogido en una espuerta que sirve para el caso, lo llevarán al Hospital, para que los médicos en ciernes estudien mil detalles de su organismo en su cuerpo seccionado en pedazos. Mi amistad servirá á usted para que las manos de tantos hombres indiferentes no profanen sus restos. Después, ya cuidaré de que los entierren en la fosa común.

—¡En la fosa común!

—Sí, hija mía, porque ignoro su nombre y la dirección de su casa, á menos que le inspire la suficiente confianza para decírmelo antes de brincar á la eternidad...

La joven y hermosa desesperada, al llegar á esta parte de la charla de Pepe Tormo, desmayóse en sus brazos.

Pepe la sostuvo cariñosamente y, llamando á un alquilón que acertó á pasar, depositó su dulce carga en el coche y dió las señas de su casa. Después volvióse hacia la joven y la besó poquito á poco, sonriendo triunfalmente, y diciéndola queda, muy quedamente:

—¿Quiere usted suicidarse?

ENRIQUE BAYONA



MURCIANO DE LA HUERTA

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).

EL hermoso cuadro que sirve de portada al presente número, ha sido pintado expresamente para el ALBUM SALÓN por el notable artista José M.^o Tamburini.

Afortunado en la interpretación del asunto, que, sin necesidad de recurrir á la hinchada alegoría, sintetiza perfectamente la actual estación, ha puesto toda su galanura de pincel, todo su buen gusto de eximio colorista en la ejecución de la bella figura de mujer, objeto principal del tema.

Los favorecedores del ALBUM SALÓN conocen de sobra el valor de ese artista, que ha honrado con frecuencia estas páginas con sus obras, para que nos detengamos á hacer su apología.

A la galantería del inteligente comerciante en cuadros, don Vicente Robira, dueño de la *Exposición* que lleva su nombre, sita en la calle de Escudillers, números 5, 7 y 9, debe esta Revista la publicación de tres de los cuadros que enriquecían su acreditada colección.

El *Mercado de flores* de Francisco Miralles, es una de esas vivarachas notas parisienses que tan bien sorprende ese pintor, que parece nacido en las orillas del Sena, por el tono especial de su colorido y por la elegancia de las mujeres que pone en sus cuadros. En éste que copiamos, como en todos, se distingue en seguida su personalidad inconfundible; y aunque ha producido otros más acabados ó mas completos, no merece de su firma.

El *Murciano de la Huerta*, de Agrasot, no por sencillo deja de ser un trozo de pintura que resume en sí todas las buenas cualidades del celebrado pintor valenciano. Figura bien dibujada, puesta con naturalidad, se recomienda en particular por la exacta calidad de todos los detalles, hechos con la conciencia de un miniaturista y con la holgura de un pintor de cepa española.

A Hernández Monjo, si no tuviera otros méritos, le bastaría el de haberse creado un especialista en el *retrato* de buques. Un marinista los emplea como parte de su composición, sin dar exclusiva importancia al *tipo*, por más que tenga la habilidad de conservarlo. Hernández Monjo, por el contrario, busca en la forma, calidad y aplicación de sus buques la parte representativa de su obra, relegando á términos secundarios y como de simple *entourage* los demás elementos de sus marinas.

Poco conocedores de lo que constituye la técnica de los barcos, y mucho menos de los de guerra, hemos oído, sin embargo, calurosos elogios de personas inteligentes, en pro del *Pelayo* que publicamos hoy, que consideran una copia hecha con inteligencia de las cosas de náutica, del acorazado que por tanto tiempo tiene echadas sus anclas en el puerto de Barcelona.

Por nuestra parte sólo podemos añadir que Hernández Monjo reúne algunos conocimientos artísticos que sabe aplicar con oportunidad, á fin de que resulte menos árida la forma sobrada técnica, para ser artística, de sus trabajos.

FRANCISCO CASANOVAS

LA CANCIÓN DEL VIENTO

(FACETA).

SUPONEN casi todos que la canción del viento es canción sin palabras. No hay tal; es que pocos saben su lenguaje. Un cuervo viejo, por quien siento yo profunda simpatía, me ha traducido la eterna, la terrible, la plácida canción.

«Soy más fuerte que los cuerpos, yo que de cuerpo carezco; soy más poderoso que el mar, porque mi imperio no tiene límites; soy fecundo como la vida, eterno como la materia.

» Si florecen los prados, si crecen las selvas, si se espesan los bosques, si á lo largo de las orillas de los ríos arraigan las cañas y los álamos, á mi influjo se debe. Yo soy el mensajero de los amores arbóreos; en mis alas llevo el pólen fecundante, germen de vida, que la palmera envía á la palmera á través del desierto. Yo soy el sembrador más activo; el que cuida de la general limpieza.

» Cuando rujo de un modo espantable; cuando troncho árboles seculares; cuando derribo cabañas, mi obra es noble y santa y meritoria. El árbol que arranco de cuajo, es que no tenía firmes las raíces; la encina que troncho, es que tenía el corazón roído por los gusanos.

» Yo corro sin cesar á través del espacio; yo arrullo los amores de los hombres, cuando susurro mansamente á través del follaje, y, ya tenga ímpetus de huracán, ya acaricie blandamente, siempre soy fuerte como lo eterno, fecundo como la vida, perdurable como el dolor que lacera el corazón de los hombres.»
